

mucho lo que se acababa de hacer. En efecto, lo hubieran desbaratado todo, á lo menos en alguna accesion de la enfermedad del Rey, si hubiesen perseverado en la misma resolucion y en los mismos designios. Mas el duque de Orleans dió tantas esperanzas al duque de Berri de obtener todo lo que desease del Papa Benedicto, que logró hacer que tomase parte en los intereses de este Pontífice; despues de esto fue una especie de necesidad para el duque de Borgoña, que temia un desaire mas ruidoso, aparentar por lo menos que le agradaba lo que le afirmaron acerca de las disposiciones presentes de Benedicto relativas á la tranquilidad del estado y de la Iglesia.

Se aseguraba, por egemplo, que este Papa, siempre magnífico en sus promesas, aceptaria la cesion, si su competidor Bonifacio cedia, moria, ó era arrojado de su silla (1). Que antes de esto á nadie inquietaria por lo que habia ocurrido durante la substraccion, y en particular que no haria ninguna novedad en las colaciones y promociones hechas entonces por los ordinarios. Con estas seguridades y otras muchas, de cuyo puntual cumplimiento respondió el duque de Orleans, demasiado convencido de su ascendiente sobre el espíritu inflexible y disimulado de este Papa, se tuvo una conferencia el dia 30 de Mayo en casa del duque de Berri, en el palacio de la audiencia, cerca de la puerta de San Antonio. Antes de concluir-

(1) *Du Boul. p. 64. et seq.*

se, mandó el Rey que pasasen los individuos de la asamblea á su palacio de San Pablo. No pensaba mas que en dar gracias á Dios por la reconciliacion, y estaba ya pronto para montar á caballo y dirigirse á la iglesia de nuestra Señora. Hizo que le acompañasen los Príncipes y los prelados; ofició de pontifical el cardenal de Malesec, y el obispo de Cambray, Pedro de Ailli, publicó desde el púlpito lo que se habia hecho en favor del Papa. Espidió el Rey en el mismo dia sus órdenes á todos sus vasallos para que reconociesen á Benedicto XIII por Sumo Pontífice. Hubo un decreto particular para la universidad de París, cuya irresolucion se fijó con esta providencia á causa de la perfecta unanimidad que restableció en ella, escepto la nacion de Inglaterra que persistió siempre en la obediencia romana. Con el objeto de perfeccionar el triunfo de la concordia, y complacer en todo al Papa Benedicto, á quien eran principalmente afectos los dominicanos, volvió la universidad á abrir sus puertas á estos religiosos, escludidos de su seno siete años habia, como fautores de la temeridad de su hermano Juan de Monteson contra la Concepcion inmaculada. Exigió no obstante que los bachilleres de la órden hiciesen juramento de sostener la condenacion de esta doctrina: á lo que se sujetaron los padres predicadores de la provincia de Francia por un instrumento auténtico, fecho á 21 de Agosto del año 1403. Volvieron igualmente á ponerse bajo su obediencia



mar ninguna resolución por sí, ni con acuerdo de los cardenales en orden á la union de la Iglesia, sin que hubiesen convenido los dos partidos en dejar á aquel Príncipe suspicáz en plena y pacífica posesion del reino <sup>(1)</sup>: lo que no pudiendo adoptarse por los cardenales franceses, imposibilitaba manifestamente la reunion. No tardó en arrepentirse de la predileccion con que habia mirado á tan pérfido Soberano, pues con pretexto de defender á Inocencio contra los insultos de los romanos, pasó Ladislao á Roma con tropas, y promovió las facciones en vez de sosegarlas, para reducir á aquel buen anciano al último apuro, y apoderarse de este modo de la administracion pública. Mientras esto, en una solo promocion que hizo el Papa, duplicó el número de sus cardenales, y entre los once de nuevo creados hubo cinco de sola la ciudad de Roma, cuyo afecto queria conciliarse, aunque no pudo lograrlo. Fuese aumentando de dia en dia la confusion, y por fin le pareció tan peligroso permanecer allí, que huyó á Viterbo, de donde no regresó hasta despues de siete meses, cuando Pablo de Ursinis, caudillo de los guelfos, hubo arrojado á los napolitanos.

Durante este tiempo, los embajadores de Aviñon, despedidos como hemos visto por Bonifacio, y despachados por Inocencio sin haberles dado audiencia, pudieron estender á su gusto las relaciones de su embajada que les parecieron mas útiles

(1) *Decret. Innoc. VII. ap. Rain. ann. 1404.*

á su partido. Tampoco se descuidaron los romanos, publicando por todas partes, y esforzándose sobre todo á convencer á la corte de Francia de que la embajada de Benedicto no habia sido mas que un artificio para deslumbrar el orbe cristiano, y de que sus embajadores no habian hablado jamás de cesion, sino únicamente de una conferencia que se habia despreciado como un juguete y una mera burla. Perjudicaron infinito á los intereses de este Papa esta especie de manifiestos llenos de relaciones, y revestidos de circunstancias que los hacian poco dudosos. Inagotable en recursos y en artificios, publicó que deseaba ir él propio á Roma á dar la última mano á la estincion del cisma. Llegó hasta Génova que estaba entonces bajo la proteccion de la Francia, y pidió al Papa Inocencio un salvoconducto, que le negó. Esto era sin duda lo que pretendia el artificioso Benedicto, y así empezó desde luego á quejarse de palabra y por escrito de que no consistia en él, sino únicamente en su competidor, el no restituir la paz á la Iglesia. Para acreditar esta imputacion en la corte de Francia, en la que deseaba principalmente hallar un apoyo, envió á ella al cardenal de Chalant en calidad de legado. Pero estando afligida entretanto con el azote de la peste la ciudad de Génova, donde por otra parte no se habia juzgado á propósito dejar entrar las tropas que le acompañaron, volvió á tomar con ellas el camino de Provenza.

11. Atento siempre á todo lo que podia dar



nuevo realce á su obediencia, en medio de las ocupaciones y de los cuidados de que se vió cercado mientras permaneció en Génova, habia enviado á llamar á San Vicente Ferrer, que se prestó desde luego á sus órdenes, presentándose en la corte pontificia, del mismo modo que en sus mas edificantes misiones, como un penitente, como un Apóstol y un Taumaturgo (1). Habia ya evangelizado en casi todos los paises de Europa, y con especialidad en España y Francia, logrando en todas partes conversiones admirables por su número y aun mas por las dificultades que presentaban. Gentes del pueblo, señores principales, sacerdotes y prelados, hereges, sarracenos, judios obstinados, cristianos incrédulos y apóstatas, todo cedia á la fuerza de su elocuencia, ó por mejor decir, á las saetas inflamadas de la gracia que manaban de su boca. La rapidéz de sus triunfos igualaba solo á los demás prodigios que obraba. Advertíase en cualquier parte donde se presentaba una mudanza repentina y una reforma total en las costumbres. El amor de la penitencia, de la pobreza evangélica, de la renuncia efectiva de las grandezas del siglo, se apoderaba de toda clase de personas. Abandonaban los eclesiásticos los beneficios multiplicados; los grandes hacian copiosas limosnas, y muchos abrazaban la vida religiosa. Se ofrecian al Santo ricos presentes; pero al momento pasaban desde sus manos á las de los pobres. En la diócesis de Gi-

(1) *Act. SS. t. 1. Apr. p. 480.*

nebra encontró algunos restos de idolatría, que habian resistido al celo de los pastores, y los abolió del mismo modo que los demás desórdenes. En Génova recibió un don de lenguas tan maravilloso, que predicando en español, le entendian las gentes de todas las naciones que habian concurrido á aquella ciudad con motivo de su gran comercio y de hallarse allí el Papa. Se refieren otras muchas maravillas de este Santo, las cuales nos dan una idea de los recursos de la Providencia para sostener la Iglesia en medio de los cismas y de los escándalos.

12. Habiendo llegado á Niza el Papa Benedicto, le visitó una persona venerable por sus virtudes, y por las funciones que á impulsos de su celo egereció con buen éxito á pesar de la debilidad de su sexo y de su obscuro nacimiento (1). La Beata Coleta, hija de un carpintero de Corbie en la diócesis de Amiens, emprendió, despues de haber permanecido por espacio de tres años en el estado de reclusa, restituir al órden de San Francisco su primitivo esplendor, y fue á buscar al Papa con el objeto de conseguir el permiso, y de facilitar los medios para realizar su plan. Le pidió que la dejase pasar desde la órden tercera, que habia ya abrazado, á la de Santa Clara; y que la permitiese practicar literalmente su regla, y trabajar en la reforma, así de los frailes menores, como de las religiosas que seguian el instituto de dicha Santa.

(1) *Boll. t. 1. Mart. p. 532.*



el reino de Castilla, y las demás naciones que á ejemplo de la Francia habian abandonado al Papa Benedicto (\*).

Pasó de este modo sin intervalo desde el abismo de las humillaciones hasta el colmo de la gloria y de la grandeza, por una de aquellas mudanzas de la fortuna que nos enseña á despreciar igualmente sus desgracias y sus favores, y sobre todo á no abusar nunca de éstos. Pero su indocilidad fue tan estraña como el modo maravilloso en que se dió esta leccion á Pedro de Luna. Apesar de todas sus promesas, mostrándose siempre celoso de la autoridad y de la dominacion, dió por nulo todo lo que se habia hecho durante la substraccion con respecto á la jurisdiccion pontificia, y quiso conferir de nuevo cuantos beneficios habian vacado en aquel tiempo. Felipe de Villette, á quien se habia dado entonces la abadía de San Dionisio, fue tratado como un intruso por el ambicioso Pontífice (1), se le sugetó á una nueva informacion *de vita et moribus*, y se vió precisado á recibir las bulas de Aviñon. El arzobispado de Tolosa, para el cual habia sido electo Vital de Castelmoron, se dió por vacante, y le proveyó el Papa en el obispo

(\*) El Rey de Castilla Enrique III restituyó su obediencia á Benedicto por medio de sus embajadores; pero en la acta que estos firmaron en Aviñon á 12 de Setiembre de 1401, se estipuló como precisa condicion la pronta celebracion de un concilio general que decidiese sobre el cisma.

(1) *J. Juv. p. 154.*

de San Pons, Pedro Ravot, celoso partidario suyo (1). Habiendo vacado el de Arlés, se contentó Benedicto con poner en él un vicario, se reservó sus rentas, y pretendió cobrar los subsidios que habia dejado de percibir la cámara apostólica en los últimos años, como tambien los derechos de diezmo, de administracion, de espolios y de toda clase de censos con los caidos.

Habiendo llegado á noticia del Rey estas exacciones, las cuales pusieron en conmocion á todas las iglesias, irritado justamente el Monarca al ver semejante audacia y la infraccion de las palabras dadas, publicó una declaracion en que confirmaba todas las provisiones de los beneficios obtenidos durante la substraccion, y prohibia á todos los eclesiásticos pagar cosa alguna á los colectores del Papa por razon de subsidios ó de cualquiera otros derechos correspondientes á la misma época (2). Dispuso el Rey que se notificase desde luego este decreto á Benedicto por medio de diputados que le alcanzaron en Tarascon, donde estaba con el duque de Orleans, habiendo salido antes que ellos, ofendido personalmente por la violacion de unas promesas, cuyo cumplimiento habia asegurado él propio. La providencia emanada del trono dió á las solicitaciones del duque la virtud de que habian carecido hasta entonces. El Pontífice concedió todo lo que le pedian, y espidió sus bulas, poniéndolas en manos del mismo Príncipe, y rei-

(1) *Gall. Christ. t. 1. p. 381.* (2) *Prueb. de las Libert. p. 466.*



terando sus protestas de benevolencia con respecto al reino, y de celo por la paz de la Iglesia.

9. Para mas corroborar la ilusion, y convencer que ansiaba con sinceridad la reunion tan solicitada, envió á Roma cinco embajadores, y entre ellos á Pedro Ravot, obispo de San Pons, á quien acababa de favorecer tan particularmente, pues tenia éste el encargo de hablar en su nombre con preferencia á todos los demás. Dificil es referir con exactitud todo lo hecho, y principalmente todo lo que se dijo en una negociacion que puede compararse á un combate, cuyas relaciones publican siempre á favor suyo los dos partidos contrarios: discusion por otra parte bastante inútil, pues solo se trata de una nueva intriga en un asunto dirigido únicamente á alucinar. Lo que interesa saber es, que Benedicto pidió un salvo-conducto para sus embajadores, el que le concedieron Bonifacio y los romanos; hubo dos conferencias en Roma; la primera se redujo enteramente á deferencias artificiosas, á protestas vagas, á proposiciones ambiguas, con una circunspeccion visiblemente forzada (1). Cesó en la segunda la ficcion; se acalararon los dos partidos; escediéronse uno y otro; se dirigieron palabras injuriosas, y se ultrajaron de un modo horroroso. Bonifacio dijo con orgullo, que él era el verdadero Pontífice, y que Pedro de Luna era un intruso; replicáronle los embajadores, que á lo menos su amo no era simoníaco, dando á en-

(1) *Hist. anon. p. 501. = Ampliss. Colectio. t. 7. p. 688. et seq.*

tender con estas palabras que lo era Bonifacio. Ordenóles éste que saliesen al punto de esta ciudad, y ellos respondieron con firmeza: „tenemos un salvo-conducto de los romanos, igualmente que de vos; su término no ha espirado aun, y queremos disfrutarle en toda su estension.” Retiróse el Pontífice muy disgustado á su palacio, y acometióle una calentura aguda, que junta con el mal de piedra que le atormentaba mucho tiempo habia, acabó con él á primero de Octubre del año 1404, décimoquinto de su Pontificado.

10. Creyeron, á pesar de las esperiencias pasadas, que de esta muerte resultaria la paz de la Iglesia. Suplicaron los embajadores de Benedicto á los cardenales romanos que suspendiesen la eleccion, asegurando que por este medio se conseguiria la union muy en breve; mas quedaron burlados, cuando se les intimó que declarasen si tenían poder para renunciar el Pontificado en nombre de su amo, y ellos se vieron precisados á confesar, no solo que su comision no se estendia á tanto, sino que les parecia imposible reducir al Pontífice Benedicto al término de la cesion, porque la miraba como contraria á los cánones y á la equidad (1). Oido esto, entraron en cónclave los cardenales el dia 12 de Octubre, en número de nueve. Fueron arrestados los embajadores casi al mismo tiempo, no obstante su salvo-conducto, por el gobernador del castillo de Sant-Angelo, pariente del

(1) *Du Boul. t. 5. p. 117.*



difunto Papa; y aunque les puso en libertad de allí á pocos dias por mediacion de los cardenales, costóles cinco mil florines de oro, cantidad que para el gobernador fue un equivalente de la gloria que habia afectado adquirir vengando á su pariente el Papa. Cuando llegó á noticia del Rey Carlos VI lo que habia pasado en Roma, escribió á los cardenales romanos, para lograr de ellos que suspendiesen la eleccion del Papa hasta que llegasen los embajadores que iba á enviarles, y que reparasen, poniendo en libertad á los del Papa Benedicto, el agravio que en sus personas habian hecho al derecho de gentes. Fue su diligencia del todo inútil en uno y otro objeto, porque el uno estaba ya cumplido, y el otro no podia egecutarse.

Habian elegido ya los cardenales, con el nombre de Inocencio VII, al cardenal Cosme Meliorati, el dia sexto del cónclave, esto es, el 17 de Octubre de 1404, despues de haber tomado la precaucion, aunque insuficiente segun lo habia demostrado la esperiencia, de obligarse cada uno de ellos con juramento á sacrificar en caso necesario su propia grandeza á la paz de la Iglesia. Inocencio, que habia nacido en el Abruzzo de padres medianamente acomodados, mereció unánimes elogios por su talento é instruccion, por su esperiencia en los negocios, por su aplicacion, por su modestia, por su dulzura inalterable, por la pureza de sus costumbres, en una palabra, por todas aquellas cualidades que le hubieran formado un Papa perfecto,

si este prodigio no hubiese sido imposible en cierto modo, atendidas las dificiles circunstancias bajo las cuales ocupó la Silla pontificia. Porque no es fácil persuadirse que toda la celsitud de su pureza resistiese á la prueba de semejante tentacion, formidable en efecto al mas acendrado heroismo. Segun Thieri de Niem (muy mordáz á decir verdad cuando trata de los Papas, pero panegirista elocuente de éste en particular), ó Inocencio no vió la cesion con los mismos ojos que la habia mirado Meliorati, ó el Papa creyó que podia dispensar al cardenal de los juramentos hechos en el cónclave (1). Pero esta acusacion se funda principalmente en las obras.

En la carta circular con que segun costumbre, dió parte de su eleccion á los súbditos de su obediencia, y en otras muchas cartas dirigidas á varios Príncipes, dice únicamente que habia convocado un concilio á fin de deliberar sobre los medios propios para extinguir el cisma, sin hablar de la cesion, que era de lo que se trataba, y lo que en efecto estaba ya acordado. Y aun no tardó en suscitar la cuestion de si estaba obligado á adoptarla, esto es, si debia cumplir lo que habia jurado. Ladislao, Rey de Nápoles, receloso de estas disposiciones ineficaces para la estincion del cisma, porque temia que llegase el caso de elegir un Papa favorable á su competidor Luis de Anjou, logró que se obligase Inocencio por una bula á no to-

(1) *Lib. 2. c. 39. et 41.*